

Los trancos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

¿Qué clase de sorpresa nos tendrá preparada nuestro ínclito autor, el maestro Carlos Bracho? La respuesta es tremendamente fácil, basta con que usted, lectora insumisa, siga leyendo estas líneas y continúe luego con los renglones que amparan la historia de nuestro autor para que se esclarezca, cabalmente, este pequeño misterio, veamos:

No sé si usted, lector pluscuamperfecto y bailarín, recuerde que en el Tranco pasado hablaba yo de la fantástica aventura que tuve con la muchacha llamada Karla, bella como noche de luna oriental, y que despide olores de las especies más caras de la Arabia, y que el pretexto fundamental fue que ella padecía de un dolor de espalda y que por lo tanto unas manos salvadoras deberían de componer el entuerto. El final

usted ya lo sabe, fue un final más que feliz, fue un final digno de la música de Wagner, digno de Parsifal, digno de los poseedores del Santo Grial.

Bien, ahora debo decir que pasado un tiempo, quizá un mes de aquella noche de insomnio crepuscular, un mes después de aquel encuentro sideral de dos cuerpos anhelantes, y cuando ya creía que nunca más volvería a encontrarme con la muchacha de la risa contagiante y de espíritu burlón y además poseedora de un cuerpo que al moverse provoca calosfríos ignotos, y que yo, como decía López Velarde, conozco la O por lo redondo, y que soy un hombre que deambula por el universo como satélite en busca de astro acogedor, pero que para ese entonces me parecía que la cura de la espalda de Karla era ya un sueño pasado, una copa bebida en la oscuridad de antaño, cuando ese pensamiento tomaba forma en mi cabeza –yo comía en un rincón de un restaurante y bebía el vino tinto que con Karla habíamos degustado, y fumaba un Habano de nombre sugestivo: Romeo y Julieta–, cuan-

do esto sucedía en mi mente, escuché una voz, mis oídos atentos registraron una risa que me era más que familiar, era una voz que escuché en mi oído derecho, era una risa que rió conmigo en el suelo, en la cama, en la regadera, en la silla. Claro, es ella, es Karla, no puede ser nadie más que ella. Me levanté como impulsado por el resorte que empujó a Marte a la guerra de los sexos, y justo al voltear hacia el sitio de donde provenía su voz, ella, quizá movida por la fuerza de mi mirada, o por el ruido que en mi cerebro se producía al recordarla, también fijó su vista en mi. Aquello fue empezar. –¡Ven a mi mesa! –le dije, con el gusto, la sorpresa, el placer impreso en mi rostro. No sé lo que ella dijo a los comensales de su entorno. Lo único que yo sé es que ella ahora estaba sentada a mi mesa y que brindábamos con el tinto, por la vida, por las flo-

res, por el viento y por la lluvia, brindábamos por el éxito de las revistas literarias y por las revistas que abordan con amor y entrega los temas culinarios. Brindamos por todo, por esto, por lo demás allá. Esto quiere decir que la primera botella del tinto argentino se había ido a los confines de nuestros cuerpos y por lo tanto sus atemperados cuatro humores –recordé con ello a Sor Juana– se batían y deambulaban por los torrentes de nuestra sangre, que ya mostraba los efectos del calor etílico. Y luego los postres, la nieve de mango, el café expreso, y nuestras risas y nuestras manos que se entrelazaban ante cualquier motivo. Que si el sol está loco y lanza sus rayos sin ton ni son: toque de manos. Que si la luna está cansada y no saldrá en los días que vienen: manos que se aferran a las manos. Que los recuerdos nutren nuestras almas de



Carlos Bracho

dolor, de candor, de belleza, de celos, de tragedias, de amor: Manos inquietas que sólo reposan si están entrelazadas. Que ahora tomemos un trago del tinto para reírnos más de la vida loca: Manos junto a las manos. Que pasó una mosca en vuelo rasante: Manos tenebrosas donde una mano, mi mano, sube al antebrazo. Que ahora canta tú algo, porque, tú Karla, cher Karla, sabes cantar: Mano mía que llega a su cuello, mano de ella que se detiene, casta, en mi antebrazo. Que afuera llueve a cántaros, mano mía que baja de su cuello, mano de ella que juguetea en mi rostro. Que ya es hora de partir hacia el infinito. Manos que se calman. Cuenta que se paga. Salida del lugar. Ella en mi auto, mi mano en su muslo. No pregunté nada, ella no dijo nada. Lo que sabemos, lo que yo sé es que –y por la premura de las circunstancias que nos rodeaban, hasta aquí registro el viaje– un estudio, su estudio, su lugar de trabajo nos amparaba. Karla trajo una botella de tinto de la Rioja. Bebimos un trago mágico. Una música salida de un Cello nos provocaba a caer en mar de olas. Su cabello, el cabello de Karla flotaba entre mis manos. Su risa llenaba y parecía seguir el compás y el ritmo de las pieles. Piel que estaban húmedas, como si estuvieran bañadas por las aguas del Amazonas y hubieran sido transitadas por esas mujeres combativas. El vino fue tomado por mi boca de su cuerpo. A cada gota que sobre ella yo vería, como si nos pusiéramos de acuerdo, un relámpago iluminaba el aposento, y la tormenta arreciaba su furia, cosa notoria pues los vidrios de su ventana sufrían esos embates. Nuevos besos, no furtivos, sino enteros, plenos, llenos de ansia, llenos de vida, llenos de corrientes lúdicas. Nuevas caricias que inventamos esa noche. El Kamasutra se quedó como libro de texto de primaria, leído por párvulos atolondrados. Eros en plenitud, Venus en la cima y en la sima. El concierto

duró tantas horas como las horas de junio de Pellicer, el combate de dos almas sedientas de cariño fue el más largo que la historia de las almas vivas registre en sus anales. Horas enteras de placer planetario, de placer insólito, de placer por el placer mismo, o sea, sin remordimientos, sin penas, sin vergüenzas, sin resquemores, placer puro, placer indómito, libre.

Y al final, como en las malas películas hollywoodenses sucede, ella dormía con la placidez en el rostro, su cuerpo echado al desgaire, en posición de mujer cansada, de mujer que había sostenido varios combates corporales. Su respiración acompasada me provocaba al gnomo que llevo dentro, pero no. Era la hora de partir. No hice ningún ruido, ella no notó nunca mi ausencia. El sueño que es como quitar la vida, el sueño que cesa los pesares que el ajetreo cotidiano nos apura. Ese sueño había hecho presa a mi Karla matutina.

En fin, que la vida debe continuar. Yo a mi trabajo, a hacer lo que hago siempre. A escribir los encuentros que he tenido con las cosas dignas de reseñar, a beber un tinto y a recordar, recordar los detalles que con Karla viví, para tener más sangre –yo Drácula– y con la savia de ese líquido vital renacer cada mañana. Recordar a Karla cada mañana. Y esperar a que ella llame. Y si no lo hace tomar mi teléfono y marcar su número y escuchar su voz, esa voz que, como arriba digo, me impulsa hacia la circunferencia venusina.

Mañana iré al restaurante en donde esta aventura tuvo lugar. Me sentaré en el mismo rincón y cuando el tinto esté en mis adentros, pondré mi oído a avisar para que pueda captar su voz, su risa... espero que la conjunción astral se repita, ¿no? Vale. Abur. ■